

LXXXIII

No se está verdaderamente curado de una mujer, sino cuando no se siente curiosidad por saber con quién nos olvida.

LXXXIV

Cada final de amor se parece a una mudanza, siempre se rompe algo. En la décima, ¿cuántos muebles quedan sanos?

LXXXV

No perdonamos a una amante el habernos fastidiado con su amor, sino cuando obra de modo que nos deja libres de ella, sin darnos un sustituto.



MEDITACIÓN XVI

DE LA RUPTURA.—(CONTINUACIÓN.)

II

DESPUÉS (CONTINUACIÓN).—DE ALGUNAS VENGANZAS

Decididamente Andrés Mareuil, antes de abdicar, casándose del modo que lo ha hecho, fué un filósofo profundo. Lo uno no quita lo otro. ¿No ha escrito Lafontaine una de sus más bonitas fábulas con la historia del astrólogo que se deja caer en un pozo? Hojeando mis notas, encuentro siempre alguna de las conversaciones que hemos tenido juntos y que se relacionan con el famoso tratado del *Arte de romper*, que tal vez escribirá ahora que se halla encadenado para toda la vida.

Algunos poetas son así, no sienten la dulzura de las situaciones, sino cuando se verifica la reacción. Estos diletantes celebran el amor puro con tanto más fervor, cuanto peores son las circunstancias en que se encuentran; gustan con más viveza de la sencilla felicidad que produce la familia, cuando se hallan

en la atmósfera de un café de bohemios; aman con apasionada ternura a la mujer con quien están en relaciones, cuando la engañan. ¡Ah!, ¡qué cariño tuvimos Andrés, Simón, Mauricio Barrés, algunos otros y yo a esa teoría de la vida de reacción! Sería cosa chocante que Mareuil quisiera aplicarla hoy; pero en la época en que tomaba yo las notas que voy a transcribir, se limitaba a estudiar en detalle los problemas galantes, este por ejemplo: descubrir de antemano, en una mujer dada, si es capaz de vengarse después de un ruptura, y en caso afirmativo qué clase de venganza ejercerá.

—En amor—decía él—sucede como en la esgrima, que se necesita ante todo conocer el juego del adversario, cuando se tiene la pretensión que nosotros tenemos de ser tiradores *de cabeza*... Pues bien, estoy cierto de que después de media hora de conversación, sabré si la persona de quien me enamore será, o no, de las que nos hacen conjugar el verbo amar con estas adiciones: «Yo he amado y recibido un pistoletazo, tú has amado y sido vitriolado, él amó y fué difamado, nosotros hemos amado y sido deshonrados», etc.

Andrés me estaba exponiendo su paradoja almorzando en el mismo café D... ya indicado, en que me inició en los grandes misterios de lo que él llamaba con mucha gracia *el abandono pararrayos*; y como me encogiese de hombros, continuó:

—¿No me crees? Bueno... Fíjate en aquella mujer que habla en voz alta, allá... Es bonita, alta, algo gruesa... Mírala en el espejo y la verás mejor sin que ella lo note, porque si conoce que la estamos estu-

diando, somos perdidos, disimulará, y... observa sus gestos, sigue su pensamiento, mira cómo toca a los objetos de que está hablando y cómo dibuja en el aire con la mano las cosas que quiere describir... Lleva diez años en París y es tan meridional como el primer día. ¿La ves bien ahora que vuelve la cabeza?...

—Perfectamente—contesté, después de mirar hacia el lado que me indicaba—. Me parece una bribona, bastante mal educada y nada más.

—Es el tipo de la mujer de revólver—repuso Andrés con tono decisivo—. No la conozco; pero apostaría mis derechos de autor del *Arte de romper*, contra tu próxima partida de *baccarat*, primero, a que siempre que tenga un nuevo amante, se figurará que es su primer amor, y segundo, a que en cada ruptura sufrirá, durante veinticuatro horas, un acceso de verdadera locura, que la producirá ideas de muerte, de suicidio...

—Oye cómo se ríe—le dije para impacientarle.

—Sí, se ríe con todo su corazón, sufre lo mismo y te daría un *pistoletazo* con toda su alma si, amándote, tú la dejaras... Y te cuidaría después con todo su corazón también si te salvaras... Pero, mira, ¿se reía? Mírala ahora enfadarse...

En efecto, la desconocida acababa, después de una torpeza del camarero, que había vertido una copa de vino en la mesa, de arrugar el ceño, sus ojos brillaban y la palidez de la impaciencia se esparció de tal modo por su rostro, que no pude por menos de contestar a Andrés:

—Tu diagnóstico no está mal formado; y ¿qué aconsejarías a tus clientes con una mujer de tal laya?

—Esta es la *morena irascible*—repuso—. A nadie aconsejo que entable relaciones con ella. Es la falsa buena muchacha que tiene exigencias insoportables para enamorados tan especiales, como nos preciamos de ser nosotros; pero, en fin, todo puede suceder... Admite que la amas; entonces, si el medio que te he indicado para que te deje, ya sabes, el primero, no sale bien, cuando quieras separarte de ella, toma el tren sin que nadie lo sepa y deja pasar las veinticuatro horas de locura. Durante ese tiempo, grita, se desespera, compra láudano, se envenena, no se muere y cuando vuelves, tu sitio está ocupado...

—¿Por un candidato al vitriolo?—le interrumpí bromeando.

* * *

—No digas tonterías, repuso Andrés, cortándome la palabra. La mujer de revólver no se venga nunca, nunca, con el vitriolo ¿lo oyes?

—Sucede con la mujeres como con los locos; el que ha de suicidarse ahorcándose, no es el mismo que el que ha de hacerlo tirándose al agua. ¿No sabes tú que los maniáticos de muerte voluntaria escogen cada cual su género de muerte, siempre especial?

—Hoy estás de vena—le dije—. Enséñame, pues, entre las jóvenes que aquí se hallan almorzando, la predispuesta a servirse de vetriolo.

—No, no hay ninguna—me respondió con gravedad, después de haber observado bien a todas las jóvenes que se encontraban en el salón—. La mujer que emplea el vitriolo para vengarse, es la rubia felina y pálida, o la morena fantasmagórica, el sér, en fin, de

ideal apariencia, que vive por los nervios y nos ama con ellos. Hay en su sér algo de la serpiente, nos enlaza haciéndonos traición, y fijate bien, no llamo yo solamente vitriolo a ese licor corrosivo que se compra en la droguería y que desfigura a un amante o a una rival en algunos segundos y para siempre. El vitriolo es la venganza sorda que se embosca en el ángulo de una pared; es la carta anónima escrita por una mujer abandonada al marido de la que corteja el amante infiel; es la noticia inserta en un periódico en que los nuevos amores del inconstante son denunciados con iniciales e indicaciones que no dejan lugar a dudas; es la calumnia que anda el camino con la pausada marcha de tortuga... Por ejemplo, si la mujer del vitriolo ha amado a un médico, insinuará que éste abusa de sus enfermos; si a un abogado, dará a entender que falta al secreto profesional; cuando es un escritor, le acusará de *chantage* o de venalidad. Todo esto lo dirá con voz cariñosa, con gran pena por tener que hablar mal de un antiguo amigo, con quien «nada ha pasado», y explicará el por qué a su manera; pero siempre con detrimento de su ex amante, dando a entender que el desgraciado era casto, como Abelardo, por fuerza; o que le gustaba más tratar con un individuo de su mismo sexo; o que estaba atacado del mismo mal de que Voltaire acusaba a Cristóbal Colón; o padecía de alguna repugnante enfermedad, de aliento infecto, de un eczema en mal sitio, qué sé yo... Estas vitrioleras del discurso tienen, para corroer nuestra fama, un arte igual al de sus hermanas callejeras para quemarnos el rostro... —¿Y en qué conoces a éstas?—le pregunté.

—En primer lugar, en su tontería—respondió Andrés—. Si la mujer del revólver, y entiendo por esto no solamente el tiro, sino también las escenas trágicas e intolerables, cuya nomenclatura dejo a un lado, se revela a primera vista por lo que los pedantes, tus maestros, llaman el exceso de impulsión, la vitriolera se distingue por una gran vanidad, que la hace dar una importancia desordenada a su pequeña personalidad... ¿Te has enterado de las causas judiciales de este año? Cuando se trata de una venganza soez, rastro, miserable, infame, cobarde, la heroína es casi siempre una mujer que ha sufrido decepciones de amor propio, ultrajantes y mezquinas: una actriz, que no ha conseguido que la aplaudan, una mujer medio galante que no ha llegado a consumir un proyecto de matrimonio... El amante vitriolizado de este modo, no es más que el desquite que las mujeres toman por su existencia perdida. Esto no obsta para que, cuando se trata del verdadero vitriolo, los jurados crean en un crimen por pasión amorosa y absuelvan a la mujer deshonrando a su víctima.

—¿Qué remedio hay para ésto?—le pregunté.

—No hay más que uno—replicó Andrés muy formal—; es el único que conviene, cuando se quiere luchar contra un sér cobarde: asustarle. No comprendemos bastante el efecto que los arranques declamatorios producen en la mujer; no nos atrevemos a decirles que las mataremos si nos engañan y hacemos mal, porque todas ellas creen en la sinceridad de estas jactancias que las lisonjea y agradecen hasta tal punto, que en el momento de vengarse de ti no se atreverán a hacerlo si se acuerdan de que eres muy

capaz de cumplir tus amenazas. En la audacia de la mentira consiste el éxito prodigioso de ciertos bellacos, que no admitirías tú ni para limpiarte las botas; pero que dan puñetazos en las mesas, desvencijan los muebles, hablan de estrangular a sus amantes y de aplastar a sus rivales, como tú o yo de echar una carta en el buzón de correos. Estos pueden, sin peligro, amar a la vitriolera, pues la víbora se transformará para ellos en amable y temerosa culebra.

—Hay algo de verdad en tu paradoja—le contesté—. ¿Te acuerdas de la pequeña Marieta, aquella que tan bien hizo su papel en mi primera comedia? No conocía yo aún a Coleta y no practicaba tampoco el sabio precepto que dice: «que un autor dramático, no debe ser amante de una actriz.» Tuve que hacer un viaje, y mientras tanto aquella desdichada me fué infiel. Vuelvo, me dan la noticia y voy a casa de Marieta para saber la verdad. Concluyó ésta por confesarme, llorando, desesperándose y arrancándose el cabello, que era una infame y exclamaba: «—¡No amo a nadie más que a ti!» Ya tú sabes que nadie tiene menos amor que yo cuando no amo. La hice levantarse, pues se había arrodillado delante de mí, y asiéndome a ella: «—Me has engañado con él—la dije—, pues ahora vas a engañarle conmigo.» En seguida secó sus lágrimas, se recogió el cabello, y me contestó con voz sibilante: «—Tú no tienes corazón, nunca me has amado...» Pero ya que te hallas en vena de explicaciones, ¿puedes decirme si clasificas la venganza que conmigo ejerció Coleta, entre las del revólver o del vitriolo?

—¿Cuál?—me preguntó.

* * *

—Hela aquí. Cuando la dejé, acababa yo de tener con el director del teatro Francés una entrevista en que ese buen hombre me había echado en cara mi pereza, pidiéndome al mismo tiempo que escribiera una comedia nueva. Le sometí un proyecto que tenía, le gustó y empecé a trabajar...

—Con lentitud—interrumpió Andrés.

—Lenta; pero seguramente. ¿Sabes lo que imaginó Coleta? Sabía ella que yo estaba escribiendo una comedia y que Santiago Molan preparaba al mismo tiempo otra; sabía también que la obra nueva que se estaba ensayando entonces, debida a la pluma de uno de los habituales autores de la casa, no duraría quince días en el cartel. ¡Ah, es muy inteligente! Imaginó hacer las paces con Molan a quien aborrecía y con quien estaba yo reñido a causa de un artículo escrito en contra de ella. Le da cuenta de la situación y le promete hacer un papel en su comedia si la acababa pronto. Santiago, conocedor por ella de lo que ocurría, trabajó sin descanso y supe por los periódicos que su comedia estaba recibida y en ensayo, cuando no había concluido yo de escribir el segundo acto de la mía...

—Tal vez sea porque tuviera sencillamente ganas de representar aquel papel—dijo Mareuil...

—¡Ah! ¡qué poco la conoces! Tengo pruebas de su perversa intención, sin contar el trabajo que se tomó para desacreditarme delante de los censores y la ironía que tuvo mandándome una butaca para el es-

treno. Fui... porque, aun cuando estamos reñidos, el talento de Santiago es digno de admirarse.

—¡Cómo nos conocemos!—repuso Mareuil...

—Pues, sí—insistí yo—, y la prueba de ello, es que aplaudí a la obra, ya sabes, la Adela... y por lo que respecta a Coleta, me pareció mejor aceptar la localidad que me envió y no aparentar que adivinaba su venganza; porque no hay duda que tal era su espíritu al emplear todo su talento para asegurar el éxito de una pieza, que retrasaba la mía en un año a lo menos... Pero dejemos esto a un lado... Mi presencia en aquel extremo destruía la base en que descansaba su maldad. Estuve bastante satisfecho de mi calma durante el primer acto; pero cuando la vi en la escena culminante del segundo, ¿te acuerdas?, aquella en que su amante la llena de reproches. ¡Oh! ¡se parecía demasiado a la Coleta que yo había amado! Imaginé servirse, como actriz, de los gestos que había tenido conmigo como mujer...! ¡En fin, no pude quedarme...!

—No calcularía tanto—dijo Andrés—; pero esto no quita que el hecho de haber comprendido que envidiabas a Santiago y el de haber contado con esa envidia...

—¡Yo envidiar a Santiago!—exclamé interrumpiéndole.

—Sí, hombre, sí; como tú puedes envidiar. Claro está que no publicarías una carta supuesta en que te hubiera rehusado algún dinero para enterrar a tu madre... ni escribirías una novela para insinuar una infamia respecto de él, no; éste no es tu género. Pero si su *Adela* no hubiera tenido éxito, hubieras sentido

una satisfacción grande, y la prueba es que, sin sospecharlo siquiera, acabas de confesarlo...

—Me parece que te equivocas—dije yo riendo—. ¿Pero adónde quieres llegar?

—A esto: que tu Coleta no ha procedido en esa venganza ni por el vitriolo, ni por el revólver. Es una *envenenadora*...

—Algo así he dicho yo en un soneto que hice refiriéndome a ella:

Día por día ha envenenado mi corazón
y siento crecer en él la horrorosa flor
de pétalos helados como sus ojos: el odio...

—¿Por qué te ríes, no te gustan mis versos?

—Sí, sí; solamente que estaba reflexionando, que un hombre de letras es un ente singular... ¿Has pensado alguna vez en hacer la cuenta de lo que te ha producido la manifestación de tu dolor, publicándolo en letras de molde?

—¡Vaya un punto de vista!

—Sin embargo, es el verdadero. ¡Ingrato, y te quejas de que te haya abandonado! En fin, volvamos a nuestras ovejas, o, si te parece mejor, para lisonjear tu manía, a nuestras panteras. Llamo yo *envenenadora* a la mujer que se venga fría y lentamente con una venganza que llega a lo más vivo de nuestra sensibilidad y por el único placer de vernos sufrir. Esta es muy diferente de la del revólver, influida por la impulsión, y de la vitriolera, que obedece al ímpetu de los nervios... La *envenenadora* es, antes que nada, reflexiva y observadora. La primera vez que la encuentras, te observa con una mirada que penetra hasta lo

más profundo de tu sér. Conoce tu grado de fuerza y de flaqueza, sabe cuál es el amigo que prefieres y lo que puede hacerte sufrir por medio de éste.

—Es verdad—dije yo—; mucho me hizo padecer Coleta cuando tomó por amante a Vincy.

—Ya tú ves cómo no te engañó conmigo ni con Molan; pero en cambio escogió a éste para que se representase su comedia en vez de la tuya. Fíjate bien; esta sabia venganza es superior a las demás, porque obra, en efecto, lo mismo que el veneno graduado, segura aunque lentamente... Recuerdo a una mujer de esta especie, que imaginó infligir otro suplicio a uno de mis amigos: le había demostrado, durante sus relaciones, la pasión más desenfadada; sabía que mi amigo era, sobre todo, extremadamente vanidoso; ya conoces a esos egoístas hipócritas que se lamentan de los males que ocasionan, con tan irrisoria fatuidad. La dejó, y esta mujer, desesperada, tuvo la suficiente energía para empezar a representar la más extraña comedia de la indiferencia respecto a su traidor amante.

La primera vez que se hallaron juntos, después de su ruptura, ella le contó, con la mirada serena y la boca sonriente, que nunca le había amado, que lo que había pretendido era que se casara con ella y que, como su proyecto no había tenido éxito, prefería decirle la verdad, a fin de que no tuviese remordimientos por haberla dejado... Mi amigo quiso dudar, era esta una herida sangrienta para su amor propio... se complacía en haber dejado una amante en la agonía; pero le molestaba que ella se hubiese burlado de él durante años enteros... La astuta mujer no se desmin-

tió ni siquiera cuando le vió prosternado a sus pies, implorando una hora de su antiguo cariño y ella le miraba siempre con la mirada serena y la boca sonriente. Necesitó él dos años para consolarse. Esto sí que se llama trabajar bien.

—¿Y el remedio, cuál es, mi querido doctor?

—Es de difícil aplicación y se necesita ser discípulo de Maquiavelo para emplearlo. Consiste en saber de antemano, que la mujer, a quien estrechamos contra nuestro corazón, es capaz de descubrir la parte enferma de este órgano y en ocultarle esa parte. Si tú hubieras sido más disimulado con Coleta, ésta no hubiera adivinado la profunda amistad que te unía con el tontuelo de Vincy; ni tampoco hubiera sospechado que los grandes éxitos de Santiago Molan, que coincidieron con tus fracasos, te han inspirado odio para éste. Era preciso que la envenenadora ignorase estos sentimientos; pero los conocía tanto, como tú los ignoras todavía...

—¡Amar así es asaz complicado!—exclamé yo.

—No es más que la vida — me replicó aquel moralista vestido con americana.

...Discutimos todavía parte de la tarde respecto a las venganzas femeninas que Mareuil me contaba con tanta complacencia. Me las citó de todas clases, prodigando axiomas, anécdotas, teorías y paradojas. No olvidé más que una entre todas esas venganzas, cual fué la que Cristina Anroux ejerció con él y que consistió, habiendo sabido que en los primeros tiempos de sus relaciones amorosas hablaba muy mal de ella, en casarse con él. Empleó para eso un arte sin igual,

fingiendo un supuesto amor que hubiera engañado al más duro en la materia, y digo yo:

LXXXIX

Puesto que no se preven nunca todas las astucias de una mujer, ¿no es lo más cuerdo no prever ninguna? ¿De qué sirve el desvirtuar en balde la sensación que ella nos produce?

XC

La venganza más cruel de una mujer es algunas veces el sernos fiel.